

con el poder de Dios; porque lo finito no es comparable con lo infinito. Sacad, pues, la consecuencia de estas verdades infalibles, según la razón y la fé. Dios no quiso coronar la maternidad de María sino dándola un poder general sobre todos los Patriarcas, sobre todos los Profetas, sobre todos los Apóstoles, sobre todos los mártires, sobre todos los confesores, sobre todas las vírgenes, y, en fin, sobre todos los Santos; pues la Iglesia, infalible en sus dogmas y en sus oraciones, la invoca cada día como á Reina de todos los Santos. El poder de éstos reunido es inmensurable; mas ¿podrá igualar al poder de María? No, porque jamás iguala el poder de los vasallos al poder del Príncipe; no, porque el poder de María es el poder de Dios, como dice el docto abad Guarrico.

Oid lo que dice este sabio: «Al entrar María en el cielo, su Hijo Dios se emplea en servirla, dirigiéndola estas palabras: «Ninguno me sirvió más que Tú ¡oh Madre! en mis »humillaciones, y Yo no serviré á nadie con tanta abundancia en mi gloria; Tú me diste todo aquello con que »soy hombre; Yo te doy en recompensa todo aquéllo por lo »cual soy Dios.» *Communicasti mihi quod homo sum; communicabo tibi quod Deus sum.* No es esto decir que Jesús hiciese de María una Divinidad, sino que, mediante aquella luz que los teólogos llaman luz de la gloria, imprimió en el alma de su Madre toda la gloria de su divina naturaleza, y la dió todo su imperio. Mas, ¿qué imperio? Los príncipes de la tierra no pueden reinar sino sobre otros que sean sus inferiores; pero en el cielo, Dios quiere que todos sean reyes y señores. ¡Ah! ¡ Cuánta sería la gloria de un hombre, si pudiese reinar pacíficamente sobre todos los demás, al mismo tiempo que éstos eran emperadores y príncipes! No es posible realizar este ideal, más propio de un mundo ficticio que del que habitamos; pero esta realidad la vemos en el cielo: allí todos son reyes, como nos enseña el extático de Patmos, y sobre estos reyes

reina el Rey inmortal de los siglos. Al llegar aquí mi espíritu se desploma, mis potencias se anonadan y mi lengua se paraliza; María reina también sobre estos reyes y príncipes, porque su Hijo quiere que tenga Ella por privilegio todo lo que Él posee por naturaleza. *Communicasti mihi quod homo sum; communicabo tibi quod Deus sum.*

¿Será extraño que María reine victoriosa sobre los espíritus infernales? ¿Será extraño que ejerza su imperio en los príncipes de la tierra, en las naciones, en los reinos y provincias? No; porque la razón dicta que lo ménos siempre está incluido en lo más, y más es reinar sobre un Santo solo, que sobre todos los emperadores y reyes y dinastías y próceres que ha habido ni habrá hasta el fin de los siglos, porque todos ellos no han tenido sino una partecita del poder divino, y María tiene toda la plenitud. Coronada está su maternidad divina por el Hijo. Ved coronada su virginidad por el Espíritu Santo.

Su virginidad, ¡ah! es este un piélago de maravillas tan insondable, que el espíritu angélico con toda su penetración no tiene fuerza para registrar su fondo. ¿Cómo fué María Virgen en la tierra? ¿De qué modo amó la virginidad? Luégo que hayamos comprendido estos dos misterios, podremos calcular cuál fué la corona que pusiera en su frente su divino Esposo para premiarla. No hay sér alguno animado que no tenga su esencia propia; es esencial al hombre animal el sér corruptible; es esencial al espíritu el sér corruptible; revestido el hombre de carne, no puede en la tierra ser casto por esencia; ántes al contrario, para poseer esta gran virtud necesita hacer grandes esfuerzos; destituido el ángel del cuerpo, es esencialmente casto, y no podría un espíritu completo rebajarse hasta la impureza sin degenerar de su esencia; pero ¿qué prodigio es este que yo advierto en la virginidad de María? La esencia de la carne es sér animal; la esencia de

María parece que no es otra que ser vírgen. Vedla hablando con el ángel; la dice éste que va á ser madre, y apénas ha herido sus oídos este razonamiento, queda atónita y confusa, como si se intentase la destruccion de su compuesto.—¿Cómo ha de suceder esto, le responde, pues yo no conozco á varon alguno? Es decir, como explican San Agustín, San Anselmo, San Bernardo y el Niseno, ¿cómo es posible que yo sea madre, si tengo prometido á Dios no conocer jamás á hombre alguno? ¡Ah! Si despues de haber hablado estos Doctores me es permitido comentar las respuestas de María al ángel, me atreviera á decir que quiso contestar al embajador celestial, que apreciaba más ser Vírgen que ser Madre de aquel Hijo grande que se le prometia con el título de Hijo del Altísimo. Sí, yo leo los pensamientos de María: ¡qué sublimes son! ¡qué seráficos! Ángel de Dios, dice á Gabriel; es tanto el amor que tengo á la pureza, que no puedo existir sin ser vírgen; querer que yo sea madre es pretender destruirme; yo prefiero ser reducida á la nada ántes que dejar de imitar á los espíritus puros ó incorruptibles por naturaleza. ¿No es esta castidad, amados míos, la que atrajo sobre María las miradas de Dios? ¿No fué esta hermosura de alma la que sacó de sí al Verbo increado y lo extasió contemplando á María, como afirma el divino Areopagita? ¿No fué entónces cuando el Espíritu Santo celebró con Ella su eterno desposorio? Sí, ciertamente; superó María en pureza á cuantos ángeles hay en el cielo, y por ello el Padre le dió su fecundidad, el Hijo su poder, el Espíritu Santo su amor, y al coronarla en el cielo, quiso su Esposo divino que fuese ensalzada sobre los coros de los ángeles la que quiso ser esencialmente Vírgen, como ellos son. ¡Oh elevacion prodigiosa! ¡Oh dignidad incomprensible! Ser Reina de los Santos, ser Emperatriz de los cielos y la tierra, mandar con imperio á los demonios, disponer de todos los reinos del mundo, eran cosas que podíamos

comprender; pero mandar sobre todos los ángeles es un enaltecimiento cuya grandeza toca á los límites de lo infinito; pero justamente la merece María, por haber preferido ser vírgen á ser Madre de Dios.

¿Qué cosa es un ángel, amados míos? Es un sér espiritual, intelectual, incorpóreo é inmortal: su sabiduría es tan grande, que todos los sabios juntos de la tierra no saben nada al lado de uno de aquellos espíritus bienaventurados; su poder es tan formidable, que en un momento destruyó uno solo á todos los primogénitos de Egipto, y en un instante exterminára otro ciento ochenta mil soldados asirios del ejército de Senaquerib. No os diré que todos los ángeles son príncipes en la casa de Dios, ni os hablaré de su bienaventuranza, ni de sus perfecciones naturales y sobrenaturales; pero sí os manifestaré que, segun los Padres y teólogos, cada ángel tiene su trono en el cielo: no es este un trono material como los que vemos en el mundo, pues siendo el ángel incorpóreo por esencia, ni puede estar en pié ni sentarse; pero es un trono que consiste en la mayor ó menor aproximacion á la Divinidad, en la mayor ó menor perfeccion, excelencia y sabiduría. Cuando os he dicho que un ángel es sapientísimo y poderosísimo, no os he hablado sino de aquellos ángeles que Dios ha deputado á cada hombre, á cada reino y á cada especie; ángeles tomados, segun los Santos Padres, de la última jerarquía. ¡Ah! ¡Qué piélago de maravillas se me descubre al saber que María es coronada por Reina de todos los espíritus bienaventurados! Todos los matemáticos del mundo juntos no tienen capacidad para calcular el número de los ángeles. Daniel, en su éxtasis, no los cuenta sino por millones. El ángel que guarda á un hombre no es custodio de otro: las perfecciones de cada uno de ellos difieren de las de los otros, segun el Angélico maestro; pero de tal modo, que el último de los ángeles es perfectísimo, el penúltimo es más,

y gradualmente va aumentándose esta perfeccion, existiendo un orden admirable; pero de tal modo, que el ángel milésimo es mayor en perfecciones que los que le siguen, así como el número mil es mayor que las novecientas noventa y nueve unidades que le preceden. Si estas son las excelencias de los ángeles de la última jerarquía, ¿cuáles serán las perfecciones de la segunda? ¿cuáles las de la primera? ¡Qué virtud y excelencia tendrán aquellos querubines que rodean el Trono de Dios! ¡Qué encumbrados son los que, más próximos á la Divinidad, son ilustrados por ella y reciben sus órdenes! ¡Ah! Si no fueran tan humildes aquellos espíritus, ¿qué fuera del mundo? Unos cuantos se miraron á sí mismos con atención y se creyeron dioses, y, arrojados de sus asientos, declararon guerra al Altísimo, y han esclavizado al género humano. ¡Cuánta, pues, será la fuerza, la virtud, la sabiduría de los ángeles fieles! ¡Ay! al pensar esto pierdo la esperanza de poder comprender el minimum de la gloria de María! Todo el ejército angélico la obedece; todos son sus ministros y criados; el más elevado serafín se cuenta por dichoso de sostener sobre sí las plantas de María. Es tanta la supremacía que esta criatura tiene sobre ellos, que piensan algunos teólogos que fueron ilustrados muchas veces por ella sobre los misterios de la Encarnacion del Verbo. Cómo sea María Reina de los ángeles, no lo pueden entender los más agigantados ingenios; sin embargo, esto es un dogma de la Iglesia: llena de entusiasmo y alegría lo canta en el dia de la Asuncion: *Exaltata est Sancta Dei genitrix; super choros angelorum*. Así lo han cantado los Damianos, los Anselmos y Bernardos; así lo cantáran los Buenaventuras y Aquinos; así lo cantan todos los fieles del mundo, y para mí es un dogma de fé lo que canta en su sagrada liturgia la Iglesia universal. Coronada está, pues, María por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo.

¿Quién no advierte en esta coronacion el complemento de la gran dignidad de María? No podemos ciertamente pensar ni en el remedio que prometió Dios á Adán pecador, ni en nuestra adopcion divina habida en Jesucristo, ni en los asombrosos esfuerzos del Dios humano, sin ver en todos ellos á María como al personaje más ilustre, como al sér necesario en todas estas obras, como la causa eficiente de la encarnacion en union del Espíritu Santo. ¿Cómo dejarían de ser coronadas aquellas grandes excelencias que adornaban á María? Aquella humildad con que agradó á los ojos del Padre; aquella virginidad con que extasió al Hijo; aquella resignacion con que aceptó la dignidad más sublime, como si fuera ella indigna de ser esclava de Dios, lo que le mereció ser Esposa del Espíritu Santo, ¿podían quedarse sin una corona en aquel mundo invisible, donde el divino Asuero hace ostentacion de sus riquezas y liberalidad? Vuelvo, pues, á mi primera proposicion, repitiendo que si los herejes hubiesen mirado á esta Virgen excelsa con ojos puros, no podrian ménos de confesar que es Madre de Dios; entónces hubieran confesado con el sabio y devoto Gerson, que para coronar á María era necesaria una jerarquía que mediase entre Dios y las criaturas; sí, María se halla fuera de la primera jerarquía, porque en ella no pueden estar sino las tres divinas personas; pero tambien está fuera de la jerarquía de los ángeles y Santos, porque todos juntos no pueden llegar á donde ha subido la Madre de Dios.

Ahí teneis, amados míos, convertida en Reina del mundo la que se apellidó esclava del Señor; no subió á tanta elevacion, sino por la humildad; no fué elegida para ser Madre, sino porque quiso ser esencialmente vírgen; no dió su mano de Esposa al Espíritu Santo, sino por haberse sometido en todo á la voluntad divina. ¡Hasta cuándo, pues, desmentiremos con nuestras obras el títu-

lo que tenemos de hijos de María! ¡Hasta cuándo seremos como la llama, que, ansiosa de subir, se reduce á humo! ¡Hasta cuándo imitaremos á los vapores terrestres, que, subiendo á lo alto, ó caen con precipitacion en la tierra como caudalosos torrentes, ó compactados en las nubes, se convierten en granizo y en rayos! ¡Desgraciados orgullosos! ¡Desgraciados impúdicos! ¡Desgraciados incrédulos! Vosotros no podeis aspirar á ser coronados con María, porque no quereis imitar su humildad, su pureza y su sumision.

¡Oh Madre augusta, Emperatriz de los cielos y Reina de todos los ángeles! Yo me avergüenzo de ser tu hijo adoptivo, ni puedo comprender cómo una Madre tan excelsa tiene hijos tan viles é ingratos. ¡Ah! Desde el trono de gloria en que reinas, derrama una mirada benigna sobre el último de tus siervos, que desea amarte é imitar tus virtudes; consueta á la Iglesia afligida, que respondiendo á los ecos de la córte celestial, entona hoy himnos á tu triunfo; enviad vuestros consuelos tambien á estas Esposas de tu Hijo, para que en este valle de lágrimas se anime más y más su corazon en el amor de las virtudes, que son su ornamento en esta vida y sus riquezas en la otra. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

NECESIDAD DE HONRAR Á MARÍA SANTÍSIMA

PARA ADORAR Á DIOS.

Qui non est mecum, contra me est.

El que no está conmigo, contra mí está.

La Encarnacion del Verbo divino es el consorcio de Dios con la humanidad, consorcio que entraña la elevacion del hombre á un trato íntimo con una naturaleza de que se encontraba divorciado. Su resultado inmediato es la union real de la naturaleza divina á la humana, y la conjuncion moral de todo entendimiento racional á la misma razon eterna, para vivir con la vida de la gracia y estar unida á aquélla por un vínculo santo, procurando alcanzar el último resultado de esta union, que es la gloria de Dios y la felicidad del hombre. No cooperar al lleno de la voluntad soberana en la realizacion de este designio de misericordia, es desparramar las riquezas del cielo; no unirse á un Dios que descende al hombre lleno de amor y de ternura, concurriendo á sus pensamientos y cumpliendo en todo su voluntad, es constituirse enemigo suyo. *Qui non est mecum, contra me est.*

No há lugar en esta nocion de la razon humana con la divina la más mínima separacion, ni es posible la division de partes sin pretender la destruccion del todo, exi-